

Mil veces se ha dicho, y siempre será verdad el decirlo, que el entendimiento es ordinariamente el juguete de la voluntad. ¿De dónde nace sino ese espíritu de error y de partido? ¿de dónde esa obstinada elección en seguir senderos singulares que desvian del camino real? ¿de dónde el fogoso empeño en sostener y en defender sus extravíos? La moral del Evangelio, la doctrina sana estrecha demasiado, y el amor propio quiere vivir á sus anchuras. ¿Pues qué se hace para evitar los remordimientos importunos, y para acallar una conciencia que asusta y desasosiega? Pátese la diferencia: al amor propio, al corazón y á las pasiones se las confirma en todos sus derechos, y al entendimiento se le deja todo lo que oprime, todo lo que espanta, y aun todo lo que desespera. De aquí proviene que personas por otra parte de unas costumbres estragadisimas, y cuya vida es una disolución, tienen unos principios de moral sumamente estrechos, unos dogmas excesivamente severos. No hay hereje, y por lo comun hay pocos libertinos que no hagan estas partijas. Cuando la verdad turba nuestra delicadeza, cuando asusta á la conciencia, cuando declara la guerra á la pasión, *à veritate auditum avertent*, vuélvese la cabeza al otro lado, ó se tapan los oídos para no escuchar lo que dice. Pero ¿qué se adelanta con este grosero artificio? descaminarse sin remordimiento, y perderse con seguridad.

*El evangelio es del cap. 5 de san Mateo, y el mismo que el dia IV, pág. 119.*

### MEDITACION.

#### DE LA CONVERSION VERDADERA.

#### PUNTO PRIMERO.

Considera que no hay cosa mas ordinaria que conversiones aparentes, y acaso tampoco la hay mas rara

que una conversion verdadera. Gran prueba son de esta verdad las frecuentes recaidas. Conoce uno que es pecador, confiesa su iniquidad, acúsase de sus culpas; pero ¿detesta íntimamente sus pecados? El espíritu está humillado; pero ¿está igualmente contrito el corazón?

Si consistiera la verdadera conversion en declarar sus maldades, en reconocer sus desaciertos y en sentir alguna displicencia, algun dolor de sus faltas, muchos estarian convertidos que en medio de todo esto mueren impenitentes. Judas reconoció y confesó su pecado, Antioco lloró los suyos; y ni uno ni otro se convirtieron. Los mas se confiesan en las principales fiestas; pero ¿cuántos se convierten en ellas?

Es necesaria la conversion del espíritu, es indispensable la conversion del corazón; sin esto no hay conversion verdadera. Es menester mudar totalmente de ideas, de principios y de motivos. Hallabas antes razones de equidad, de necesidad, de congruencia para esos contratos usurarios, para esa vida poco cristiana, para esas frívolas dispensaciones; si te has convertido de veras, ya es preciso pensar todo lo contrario. Pareciantes difíciles y aun impracticables los mandamientos de la ley de Dios; no consultabas mas que á tu pasión, á tu inclinacion, á tu amor propio. ¿Estás verdaderamente convertido? pues deshiciéronse esos encantos, y esos atractivos se desvanecieron. Ya no solo te parece posible, sino justa, dulce, fácil la ley santa de Dios; ya no sigues tu inclinacion; el Evangelio es la única regla de tu vida; ya te parecen falsas y aparentes las brillanteces del mundo, sus placeres amargos, sus diversiones insulsas, sus halagos insipidos; ya apenas aciertas á concebir cómo un hombre de razon puede ser libertino, cómo un corazón criado para el verdadero bien puede hallar gusto en lo que es veneno y ponzoña; ya sientes una especie de in-

dignacion contra tu propia necedad. ¿Es posible que siendo yo cristiano haya podido ser vicioso? ¿es posible que creyendo unas verdades tan terribles como las que creo, haya podido vivir tan descaminado? ¿es posible que experimentando en mi mismo la vanidad, la nada y aun la amargura de estos falsos deleites, haya hecho de ellos mi idolo? Estos son los ordinarios efectos de una verdadera conversion; ¿tiene la mia estas señales?

#### PUNTO SEGUNDO.

Considera que aunque la verdadera conversion esté principalmente en el corazon y en el espíritu, no por eso deja de ser muy visible. El aire, los modales, la conducta, el traje, las conversaciones, todo grita que el corazon está verdaderamente convertido. Los objetos son los mismos, pero no hacen la misma impresion; puede ser que se encuentren los mismos estorbos, las mismas dificultades; pero se siente nuevo vigor, nuevo aliento. El mundo presenta sus rosas, pero se las trata como si fueran espinas; y como ya no se discurre sino por los principios del cristianismo, tampoco se habla sino segun las máximas y las verdades de la religion.

Es de admirar que se padezcan tantas equivocaciones en materia de conversion, siendo así que no hay cosa mas visible que las señales que la caracterizan. No solo se tiene horror al pecado; se tiene por lo menos otro tanto á las ocasiones de pecar. No solo se huye de la culpa, sino del lugar y de la persona que sirvió de tentacion. No solo se destierra el jugador del juego, pero aun de la casa donde se juega; porque, desengañémonos, el que solo se convierte á medias, no está verdaderamente convertido.

¿Quieres ver un perfecto retrato de una verdadera conversion? Pues pon los ojos en la Magdalena; ella

detesta sus culpas, y como el motivo de su dolor es el amor de su Dios, no guarda medidas; y así se le perdonan todos sus pecados, porque amó mucho. No se habia avergonzado de ser pecadora; pero se avergüenza mucho menos de parecer arrepentida. Arrojáse á los piés del Salvador en la misma sala del convite; no busca la oscuridad, antes quiere entienda todo el mundo que está ya convertida. Es grande su confusion, pero es mucho mayor su resolucion y su aliento. Y despues de este paso, ¡qué vida fué la suya! ¡qué perseverancia en ella!

Ya no se aparta mas del lado de Jesucristo; mira con horror al mundo, y desea que el mundo la mire con horror á ella. Su devocion no está pendiente de la prosperidad, su fervor es inalterable; sigue al Salvador no solo hasta el Calvario, sino hasta el sepulcro; tanto excitan su amor las ignominias que Cristo padece, como los milagros que hace. ¡Qué deseo, qué ardor, qué ansia por hurtar, si pudiera, el cuerpo de su divino Maestro despues de sepultado! Ni la enorme y pesada piedra del sepulcro, ni el sello del príncipe, ni la compañía de los soldados que la guardaban, son capaces de entibiar su fervor, ni de desalentar su ánimo. Así piensa, así obra, así se muestra siempre una alma verdaderamente convertida. Concluyamos de aqui que hay pocas conversiones verdaderas, y juzguemos tambien esto mismo por la poca perseverancia.

Relájase san Anselmo, y cae en el desórden; sus caídas no son extraordinarias: pero una vez que conoce su perdicion con el auxilio de la divina gracia, ¡qué arrepentimiento, qué mudanza, qué firmeza! Convertióse una vez de veras, y jamás se desmintió. ¡Mi Dios, qué debo yo pensar de mis frívolos arrepentimientos, de mis inconstantes propósitos, de mis ineficaces deseos!

No permitais, Señor, que suceda lo mismo con esta mi presente conversion; detesto mis pecados, siento un verdadero deseo de convertirme y de mudar de vida. Pero ¿de qué me servirán estos propósitos si no son eficaces? Haced que lo sean con vuestra gracia, y que sea este el primer día de mi perfecta conversion.

#### JACULATORIAS.

*Confirma hoc, Deus, quod operatus es in nobis.* Salm. 67.  
Confirma, Señor, y haz eficaces los deseos que tú mismo me has inspirado.

*Redde mihi lætitiã salutaris tui : et spiritu principali confirma me.* Salm. 50.

Restitúyeme, Señor, aquel espíritu de alegría que debe ser la prenda de mis paces con vos; pero dame al mismo tiempo el espíritu principal de la firmeza y de la perseverancia.

#### PROPOSITOS.

1 Puesto que la conversion no es otra cosa que un volverse el alma á Dios, es de extrañar que haya tan pocas conversiones sinceras. ¿A quién se pretenderá engañar con esas resurrecciones aparentes, y qué fruto se sacará de esas hazañerías? Si la conversion es verdadera, ¿cómo no es constante? Y si el propósito es falso, ¿qué será la penitencia? Tantas confesiones sin enmienda no pueden tranquilizar nuestra conciencia; pero ¿estará mas tranquila cuando se prosigue pecando sin confesarse? No dilates un punto el poner remedio á este inagotable manantial de remordimientos. Sea tu confesion en esta Pascua efecto de una conversion verdadera, y para esto haz que tenga todas las señales. Detestas tus pecados; pero mira con horror todas las ocasiones de pecar. Es ilusion imaginar posible una voluntad seria de no pecar.

sin una resuelta determinacion de romper toda comunicacion con el cómplice. ¿Estás resuelto á llevar una vida cristiana? pues comienza desde hoy á moderar esos excesos en las galas, esa refinada delicadeza, esos aparatos de profanidad; comienza prohibiéndote esa frecuente asistencia al juego, esos cortejos en que se gasta el tiempo en algo mas que en cosas inútiles, esa vida regalona, esos días ociosos y vacíos. Sin reforma no hay conversion; por aquella se conoce esta. Ese aire, esos modales, esa fantasia, toda esa conducta no corresponde á la santidad de tu estado. No se pase el día de hoy sin que des señales visibles de tu conversion verdadera. Comienza por la observancia de esas reglas que quebrantas sin remordimiento; por deshacerte de ese espíritu de propiedad y de propia voluntad, que algun día te harán gemir, si no te reformas desde luego; no cuentes mucho con esas licencias vagas y generales, con esas dispensaciones abusivas, con esos estilos poco religiosos, que en la hora de la muerte sobresaltan justamente á la conciencia; comienza hoy á vivir como quisieras morir: esta es la resolucion mas importante.

2. La contricion es interior; pero la conversion debe ser visible. Jesucristo resucitó, decia el ángel á las mujeres que le iban á buscar en el sepulcro; y no está aquí: *Surrexit, non est hic*. Este es el verdadero modelo de una alma verdaderamente convertida. Detestas ya los desórdenes de tu vida pasada, tu conducta poco regular, tus frecuentes recaídas, tu vida regalona, inútil, entretenida; pues haz que despues de esta Pascua se pueda decir con verdad: Fulano resucitó: *Surrexit*; y así no hay ya que buscarle en esas concurrencias del mundo, en esas ocasiones próximas, en esas costumbres de pecar, porque *non est hic*, ya no está aquí; en nada de esto se le encuentra: no se le halla en esas diversiones poco inocentes, ni asiste á

esas tertulias peligrosas; su frecuente asistencia á la iglesia, su respeto y su devocion en el templo, y aquella moderacion, aquella apacibilidad en el trato, aquella circunspeccion, son visibles pruebas de su perfecta resurreccion. ¿Y porqué no podrás tú lograr desde hoy el dulce consuelo de notar en tí mismo estas pruebas? Acaso será esta la postrera Pascua para tí. ¿Qué locura es dilatar para el año que viene, que para muchos no vendrá, una conversion que aun ahora es acaso ya demasiado tardía! Postrado, pues, delante de un crucifijo, dile á Dios resueltamente, ó que no quieres convertirte jamás, ó que con el socorro de su gracia quieres hacerlo desde este mismo momento.

---

## DIA VEINTE Y DOS.

### SAN SOTERO Y SAN CAYO, PAPAS Y MÁRTIRES.

San Sotero, tan recomendable por su caridad y por su zelo, fué natural de Fundi, en el reino de Nápoles. Nació á fines del primer siglo, ó á los principios del segundo. Tuvo la dicha de ser educado en el seno de la Iglesia en aquellos felices dias de su primitivo fervor, y así tomó todo su espíritu. Su larga mansion en Roma en un tiempo en que la fe y la piedad de los Romanos servian de modelo á todas las iglesias del mundo, no contribuyó poco á que se hiciese tan célebre en el clero, así por su virtud como por su sabiduria. Venerábanle como á santo, y oíanle como á oráculo; y así habiendo muerto san Aniceto por los años de 161, fué san Sotero elegido unánimemente por sucesor en la silla de san Pedro.

Esta suprema dignidad no sirvió mas que para dar nuevo lustre á su eminente virtud, y para que brillase

mas aquella ardiente caridad que fué siempre el carácter de nuestro santo. Dióle ocasiones oportunas para que la ejercitase, durante el tiempo de su pontificado, el emperador Marco Aurelio, por la cruel persecucion que excitó contra los cristianos. No fué solo Roma el teatro donde triunfó la paciencia de los fieles; todo el mundo fué testigo, y á un mismo tiempo admirador de su magnanimidad y de su constancia. Unos, enterrados vivos en profundos calabozos, oprimidos con el peso de los hierros, ó sepultados en las minas; otros, despedazados en los cadalsos, ó expuestos á las fieras en los anfiteatros: tal era el espectáculo que ofrecian á los ojos del mundo los cristianos, cuando san Sotero se encargó del gobierno de la Iglesia, con lo que tuvo ocasion de emplear toda su vigilancia y sus desvelos en descubrir las necesidades espirituales y corporales de aquellos santos confesores, y todo su zelo en remediarlas.

Excediendo su caridad á la de los santos pontífices sus predecesores, no omitió diligencia alguna para recoger cuantas limosnas pudo, y enviarlas, como aquellos habian hecho, á las iglesias de diferentes ciudades, acompañándolas de instrucciones muy saludables en las cartas que les escribió, para exhortar á los fieles á mantenerse firmes en la fe, á vivir unidos entre sí con los obispos y pastores que los gobernaban, á sufrir con paciencia y aun con alegría las crueles persecuciones y tormentos que padecian por amor de Jesucristo, y que les merecian la corona del martirio.

Pero el que así comunicaba los efectos de su caridad hasta los últimos ángulos del mundo, ¿cómo hubiera podido olvidar á los que estaban padeciendo, digámoslo así, delante de sus mismos ojos? Era, pues, digno de la mayor admiracion ver á aquel gran papa, oprimido de años y trabajos, buscar en